

NO ESTAMOS SOLOS

5 de Mayo de 2019

Evangelio según JUAN 21, 1-19

Algún tiempo después se manifestó de nuevo Jesús a los discípulos junto al mar de Tiberíades, y se manifestó de esta manera:

Estaban juntos Simón Pedro, Tomás (es decir, Mellizo), Natanael el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Les dijo Simón Pedro:

- Voy a pescar.

Le contestaron:

- Vamos también nosotros contigo.

Salieron y se montaron en la barca, pero aquella noche no cogieron nada. Al llegar ya la mañana, se hizo presente Jesús en la playa, aunque los discípulos no sabían que era Jesús. Les preguntó Jesús:

- Muchachos, ¿tenéis algo para acompañar el pan?

Le contestaron:

- No.

Él les dijo:

- Echad la red al lado derecho de la barca y encontraréis. La echaron y no tenían en absoluto fuerzas para tirar de ella por la muchedumbre de los peces. El discípulo aquel, el predilecto de Jesús, dijo entonces a Pedro:

- Es el Señor.

Simón Pedro entonces, al oír que era el Señor, se ató la prenda de encima a la cintura, pues estaba desnudo, y se tiró al mar. Los otros discípulos fueron en la barca (no estaban lejos de tierra, sino a unos cien metros) arrastrando la red con los peces. Al saltar a tierra vieron puestas unas brasas, un pescado encima y pan. Les dijo Jesús:

- Traed pescado del que habéis cogido ahora.

Subió entonces Simón Pedro y tiró hasta tierra de la red repleta de peces grandes, ciento cincuenta y tres; a pesar de ser tantos, no se rompió la red. Les dijo Jesús:

- Venid, almorzad.

A ningún discípulo se le ocurría cerciorarse preguntándole: «¿Quién eres tú?», conscientes de que era el Señor. ...

✠ ✠

En el epílogo del evangelio de Juan se recoge un relato del encuentro de Jesús resucitado con sus discípulos a orillas del lago Galilea. Cuando se redacta, los cristianos están viviendo momentos difíciles de prueba y persecución: algunos reniegan de su fe. El narrador quiere reavivar la fe de sus lectores.

Se acerca la noche y los discípulos salen a pescar. El grupo se ha roto al ser crucificado su Maestro. Están de nuevo con las barcas y las redes que habían dejado para seguir a Jesús. Todo ha terminado. De nuevo están solos.



La pesca resulta un fracaso completo. El narrador lo subraya con fuerza: "*Salieron, se embarcaron y aquella noche no cogieron nada*". Vuelven con las redes vacías. ¿No es ésta la experiencia de no pocas comunidades cristianas que ven cómo se debilitan sus fuerzas y su capacidad evangelizadora?

Con frecuencia, nuestros esfuerzos en medio de una sociedad indiferente apenas obtienen resultados. También nosotros constatamos que nuestras redes están vacías. Es fácil la tentación del desaliento y la desesperanza. ¿Cómo sostener y reavivar nuestra fe?

En este contexto de fracaso, el relato dice que "*estaba amaneciendo cuando Jesús se presentó en la orilla*". Sin embargo, los discípulos no lo reconocen desde la barca. Tal vez es la distancia, tal vez la bruma del amanecer, y, sobre todo, su corazón entristecido lo que les impide verlo. Jesús está hablando con ellos, pero "*no sabían que era Jesús*".

¿No es éste uno de los efectos más perniciosos de la crisis religiosa que estamos sufriendo? Preocupados por sobrevivir, constatando cada vez más nuestra debilidad, no nos resulta fácil reconocer entre nosotros la presencia de Jesús resucitado, que nos habla desde el Evangelio y nos alimenta en la celebración de la cena eucarística.

Es el discípulo más querido por Jesús el primero que lo reconoce: "*¡Es el Señor!*". No están solos. Todo puede empezar de nuevo.

ECHA LAS REDES

Desde que Tú te fuiste
no hemos pescado nada.
Llevamos veinte siglos
echando inútilmente
las redes de la vida,
y entre sus mallas
sólo pescamos el vacío.
Vamos quemando horas
y el alma sigue seca.
Nos hemos vuelto estériles
lo mismo que una tierra
cubierta de cemento.
¿Estaremos ya muertos?
¿Desde hace cuántos años no nos hemos reído?
¿Quién recuerda la última vez que amamos?

Y una tarde Tú vuelves y nos dices:
«Echa la red a tu derecha,
atrévete de nuevo a confiar,
abre tu alma,
saca del viejo cofre
las nuevas ilusiones,
dale cuerda al corazón,
levántate y camina».
Y lo hacemos sólo por darte gusto.
Y, de repente,
nuestras redes rebosan alegría,
nos resucita el gozo
y es tanto el peso de amor
que recogemos
que la red se nos rompe cargada
de ciento cincuenta esperanzas.
¡Ah, Tú, fecundador de almas:
llégate a nuestra orilla,
camina sobre el agua
de nuestra indiferencia,
devuélvenos, Señor, a tu alegría

José Luis Martín Descalzo

Pero hay que seguir «trabajando»

Ahondar en el primer amor, en el primer encuentro adulto con Jesús; desarrollar esta relación cotidiana con Jesús en una vida entregada a los demás para construir entre todos, una sociedad más fraterna entre nosotros y más solidaria con las personas de nuestro alrededor, debe ser lo fundamental o fundante para toda comunidad cristiana, en particular, y para toda la Iglesia, en sentido global.



Calidad humana

Para difundir la Buena Noticia de Jesús y colaborar eficazmente en su proyecto, lo más importante no es "hacer muchas cosas", sino cuidar mejor la calidad humana y evangélica de lo que hacemos. Lo decisivo no es el activismo sino el testimonio de vida que podamos irradiar los cristianos. No podemos quedarnos en la "epidermis de la fe". Son momentos de cuidar, antes que nada, lo esencial. Llenamos nuestras comunidades de palabras, textos y escritos, pero lo decisivo es que, entre nosotros, se escuche a Jesús. Hacemos muchas reuniones, pero la más importante es la que nos congrega en torno a la Cena del Señor. Sólo en él se alimenta nuestro compromiso de vida.

La fecundidad por la entrega

Ese es el camino que ha seguido Jesús y el que se pide al seguidor/a. La fecundidad no es un proceso mecánico sino que florece en la medida en que hay donación y entrega. Porque éstas solamente saben de amor, por eso mismo resultan fecundas. Quien cree en el resucitado piensa, como él, que las entregas nunca se pierden, siempre tienen

- **¿Cuáles de nuestros compromisos habituales están guiados por el Espíritu de Jesús y por su proyecto de Reino?**